

vés,—aunque testigo ya de menor importancia, por serlo de secundaria referencia,—el P. Aldrete, canónigo de Córdoba, reproducía la relación del inca Garcilaso, no sin asegurar que era « cierto que el primero que dió noticia á Cristóbal Colón del Nuevo-Mundo, fué Alfonso Sánchez de Huelva, marinero de Huelva », y sin añadir que « fué esto más notorio y sabido en toda la Andalucía, que debiera haberse dejado escribir por nuestros historiadores » (1). De igual manera el docto Rodrigo Caro asentía años después á lo dicho por Garcilaso y reproducido entre otros por Aldrete, escribiendo: « Fué... natural de Huelva el primer hombre que descubrió las Indias de Poniente, llamado Juan Sánchez de Huelva, el qual llevando con un barco grande mercaderías á Canaria, llegando cerca de aquella isla, fué arrebatado con un viento tan deshecho, que en diez y siete días le puso en las Indias; y aviendo tomado tierra, y considerado aquel no conocido mundo, ni visto hasta entonces, bolvió á embarcarse, y otro viento deshecho lo bolvió á Canaria en otros diez y siete días, pero tan mal tratado de los trabajos que avía padecido, que luego enfermó mortalmente: mas siendo tratado y regalado benignamente de Christoval Colon, que á la sazón se hallava en aquella isla, le pagó el hospedaje, con relacion cierta de todo lo que avía visto, y de aquí se originó el total descubrimiento de aquel mundo nuevo » (2).

Sin que por esto resulte menoscabo alguno para la gloria legítima y universalmente conquistada por Colón, dedúcese, pues, de lo expuesto,—si no hubo mala fe ó dolo en la noticia original,—que sugerida la idea de la existencia de regiones ignotas, las cuales debían encontrarse situadas entre los últimos confines occidentales del mundo conocido y los más orientales del mismo, Bartolomé ó Cristóbal Colón, ambos marinos, se

(1) *Varias antigüedades de España*, etc. (Amberes, 1614), lib. IV, cap. XVII, pág. 567, cit. por Climent.

(2) *Chorograph.*, fol. 207 vuelto.

consagraron al estudio del problema, y procediendo á él, procuraron allegar cuantas noticias útiles pudieran proporcionarles los mareantes de las comarcas más occidentales de Europa; y que entre estos hombres experimentados en la mar, la fortuna pudo hacer que Colón verosímilmente recibiese las confidencias de Alonso Sánchez de Huelva, á quien deshecha y terrible borrasca había arrastrado al occidente, llevándole hasta una isla, la cual se supone sea la de Santo Domingo; y que con estas noticias, el piloto genovés juzgó completamente resuelto el problema y casi en disposición de ser realizado, comenzando desde entonces aquella triste peregrinación que emprendía Colón á través de las cortes principales de Europa, después de haber sido tratado como visionario y loco por sus compatriotas.

De cualquier modo que sea, si á Alonso Sánchez de Huelva corresponde no menos legítima gloria en la inmortal empresa del descubrimiento del nuevo mundo,—ni por ello hemos de desconocer que el pensamiento original y meditado de la existencia de otras tierras al Occidente de las conocidas era de Colón, ni de concluir quede tampoco eclipsada un punto la fama del insigne genovés, que exponía lleno de viva fe y de entusiasmo su colosal proyecto á los ojos asombrados del humilde religioso Fr. Antonio de Marchena, del Guardián de la Rábida Fr. Juan Pérez, del no menos humilde físico de Palos y de Martín Alonso Pinzón, navegante natural de aquella villa. Cuestión es aún no resuelta en realidad del todo, la de averiguar ciertamente, de dónde venía y á dónde iba, acompañado de un niño de cortos años, y caminando á pie, cuando aparecía en este lugar abandonado y solitario de la provincia de Huelva; pues mientras suponen algunos que llegó extraviado (1), y otros que vino desde

(1) « Conocedores de este terreno, nos atrevemos á asegurar que no fué posible el extravío de Colón; porque la serie de colinas que desde Moguer y Palos terminan en la extrema en que está la Rábida, no son camino para ninguna parte más que para el Convento ». « Y bien saliendo del primero ó del segundo pueblo, para llegar á este sitio es preciso querer venir á él; pues por todas partes la ría

Huelva ó Palos directamente y con deliberado propósito (1), testimonios dignos de crédito, y rectamente interpretados, cual lo es entre otros la declaración del físico de Palos, acreditan que venía de Portugal, que de arribada llegó á Palos, «é se iba derecho desta villa á la villa de Huelva para hablar é verse con un su cuñado, casado con hermana de su mujer, é que á la sazón [hy] estava, é que había nombre Muliar (2).» Mas ¿qué importa

del Tinto con los esteros indican el término próximo del camino». «*Que se dirigia ó venia de Huelva*, y en cualquiera de estas dos distintas aseveraciones que hemos leído separadas en diversos autores, bien viniese por el camino de Sevilla para ir á Huelva, ó por el de este último punto llegando de Portugal ó bajando de Extremadura, al extraviarse para tomar el camino de la Rábida, había de pasar antes forzosamente por Moguer ó por Palos». «Y siendo por la mañana, y llevando de la mano un niño, en el sitio donde pasara la noche se hubiera orientado para evitar el caso de perderse, y seguir la ruta conveniente; pues no es concebible que un padre que camina á pie acompañado de un hijo de tierna edad, siga al acaso y por entre montes de arena un camino desconocido» (SANTAMARÍA, Op. cit., págs. 135 y 136).

(1) «En sentir nuestro, —dice un escritor local— Colón vino á la Rábida expreso, á visitar al Guardián fray Juan Pérez de Marchena ó fray Juan Pérez solamente, como quieren los eruditos». «Y... á falta de otros datos más autorizados, añadiremos á lo dicho que admitido como incontrovertible el casual viaje de Alonso Sánchez de Huelva al Occidente de las islas Canarias, y el descubrimiento de una tierra desconocida por el dicho Alonso Sánchez, así como sus relaciones recientes, directas ó indirectas con Colón, nada de particular tendría que el atrevido navegante que fué el primero en concebir la posibilidad de arribar á las costas orientales del Asia navegando hacia Occidente, y aun la existencia de grandes tierras en el promedio del Océano para el equilibrio de las aguas, quisiera ver de nuevo ó recoger más datos del afortunado Piloto que prácticamente, y por un hecho providencial, venía á corroborar el eterno sueño del profundo náutico». «Esto creemos nosotros; y que bien en Huelva ó en Palos, hablando de sus planes con los marinos más expertos de aquella época, encontrarían eco sus palabras, y á falta de otro auxilio por el momento, le indicarían, si ya no eran conocidas de Colón, las relaciones que unían al Guardián del convento de la Rábida con Isabel I, de la que había sido confesor». «Si Cristóbal Colón poseía una inteligencia de primer orden y suma perspicacia, como es notorio, ¿no es más lógico suponer que, discretísimo como fué en todos los actos de su vida, según se desprende de la relación de sus viajes por algunas naciones de Europa anteriores á su llegada á España, vino á este Monasterio porque convenía á sus planes, y no como viajero ignorante y extraviado que camina al acaso por tierras desconocidas y entre solitarios arenales, exponiéndose á que muriese de hambre y sed un hijo suyo?» (SANTAMARÍA, Op. cit., págs. 136 y 137).

(2) La demostración de este supuesto, hácela con copia de razones el P. Fr. José Coll en su libro *Colón y la Rábida*, contribuyendo á producir el convencimiento de que Colón venía de Portugal, la declaración del vecino de Palos Fernando Valiente, en la probanza del licenciado Villalobos, fiscal del Consejo de Indias, prin-

ni interesa el conocimiento exacto de la procedencia de Colón, si se encontraba en España, y la Providencia sin duda le llevaba por arcanos motivos á la presencia de Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, á quienes lograba interesar y convencer juntamente con el físico de Palos, comunicándoles á unos y otro la fe que en su ánimo labraba? Apagado el entusiasmo por las tristezas de la realidad, el genovés, cuya figura llena siempre el recinto de la Celda del pretendido P. Marchena, donde nos encontramos, no ocultaba á sus asombrados oyentes la esperanza que le poseía de que su proyecto habría de hallar seguramente grata acogida en Inglaterra, al escuchar lo cual, según la poética leyenda,

el amor patrio, más puro
en las españolas venas
del médico y del Prelado,
se inflama y súbito truena;
pues unánimes prorrumpen:
—«De España la gloria sea!
No busquéis lejanos reinos
cuando el mejor se os presenta,
y el que, sediento de gloria,
más imposibles anhela!
Corred! Buscad el apoyo
de la castellana Reina,
de doña Isabel invicta,
que es la más grande princesa
que han admirado los siglos,
y que ha ceñido diadema!»

cipiada en Sevilla el 22 de Diciembre de 1535. Valiente, contestando á la décima pregunta, decía: «Que lo que sabe de esta pregunta es, que D. Cristóbal Colón antes que fuese á negociar con los Reyes Católicos sobre el descubrimiento de las Indias, vino á la villa de Palos á buscar favor é ayuda para ir al dicho viaje, é posó en el monasterio de la Rábida, y de allí venía algunas veces á la villa de Palos é hablaba con un Pero Vázquez de la Frontera, que era un hombre muy sabio en el arte de la mar, é había ido una vez á hacer el descubrimiento con el infante de Portugal; é este Pero Vázquez de la Frontera daba avisos al dicho Colón é á Martín Alonso Pinzón é animaba la gente», etc. (Archivo General de Indias, *Lib. de Patronato*, estante 1.º, cajón 1.º, legajo 5112, pieza 5.ª, fol. 94).

Movido por el entusiasmo del Guardián, de Fr. Antonio de Marchena y del físico,—el piloto genovés se deja ganar por la esperanza; y provisto de expresiva recomendatoria epístola que Fr. Juan Pérez le da para Fr. Hernando de Talavera, confesor de Isabel la Católica, dejando á su hijo Diego en el Convento, sin pérdida de momento parte para Córdoba, donde á la sazón se hallaba la corte. Aquella escena, inmortalizada por el poeta, es la que en la imaginación del visitante se desarrolla dentro del recinto de la estancia donde la tradición la supone acaecida, recordando después las amargas, los desencantos, los desfallecimientos y la desesperación que hubo de experimentar aquel mártir de la idea para verla realizada, entre las cuales la tradición coloca el informe de los doctores de la Universidad de Salamanca, que no fué en verdad consultada oficialmente y como corporación científica (1). Siete años eternos de inútil afanar, durante los cuales vió una por una marchitas sus esperanzas, y recibió los mayores ultrajes; seis años, durante los cuales obtenía del altivo aragonés don Fernando vanas promesas, la más absoluta y espontánea negativa del poderoso duque de Medinasidonia, á quien había ofrecido el proyecto, quizá por lo mismo que era señor de Huelva y de Ayamonte, y la forzada del de Medinaceli, dispuesto á acometer en un principio tal empresa.

(1) El Sr. D. Mamés Esperabé y Lozano, Rector actualmente de aquella ilustre Escuela, haciendo constar que «escritores extranjeros llevados de insigne ligereza, sinó de envidia ó mala fe, han querido» presentar «á la Universidad como condenando duramente los proyectos del inmortal Genovés.» «Nada, sin embargo, más falso.» «Las investigaciones diligentes practicadas... han depurado el asunto, y establecido la racional presunción, porque otra cosa no cabe faltando documentos directos, de que *la Universidad de Salamanca no fué consultada oficialmente y como corporación científica*, sino que sus Maestros y Doctores, en unión de los religiosos de San Esteban, que dispensaron á Colón cristiana y cariñosa acogida, *examinaron sus planes y le alentaron en ellos*, apoyándolos eficazmente con su influencia en la Corte, el Padre Fray Diego de Deza, catedrático de la Universidad, y ayo luego del príncipe don Juan (*Memoria acerca de los antecedentes, situación actual y porvenir de la Universidad de Salamanca*, leída el día 8 del mes de Septiembre de 1877 ante S. M. el Rey don Alfonso XII, en el acto de su visita al indicado centro de enseñanza, pág. 13).

Al cabo de aquel tiempo, desalentado, perdido el ánimo, y quebrantado el espíritu profundamente, determinábase á abandonar el país que de tal suerte le acogía, con el intento de marchar á Francia ó á Inglaterra, donde su pensamiento sería comprendido; y á fin de recoger á su hijo Diego, aquí en esta celda se presentaba nuevamente, más taciturno, más sombrío, más triste que nunca. En este recinto, donde aún vibraba el eco de sus entusiasmos y de sus esperanzas locas, resonaba otra vez su acento, al referir sus desventuras y su desconsuelo: aquí corrieron sus lágrimas, al considerar deshecho y en ruinas el brillante alcázar de prosperidad fabricado por la fantasía, y aquí una vez más volvió á erigirse, en compañía y con el auxilio del generoso Guardián, de Fr. Antonio de Marchena, en quien siempre encontró ayuda «después de aquella de Dios eterno», del noble físico Garcí Fernández, y del rico armador é inteligente marino de Palos Martín Alonso Pinzón, convocado por Fr. Juan Pérez para tal intento. Aquí, en este silencioso retiro, sobre aquella mesa cubierta por largo paño de veludillo oscuro y verdoso que la imaginación supone colocada en el centro de la Celda, redactaba el hábil Prelado sentida y expresiva epístola para la egregia Isabel la Católica, su antigua penitente, procurando interesar su hermoso corazón en la grandiosa empresa; aquí llegaba, buscado por Pinzón, el piloto Sebastián Rodríguez, natural de Lepe, encargado de poner en manos de la reina la misiva, y aquí también, con emoción indescriptible, era leída la respuesta de la augusta princesa, ordenando á Fr. Juan Pérez que se presentase á ella en la corte, y rogando á Colón permaneciera en el Convento.

De aquí partía á poco con nuevas y más seguras esperanzas por orden de la misma Reina, á cuyo ánimo excelso había llevado el virtuoso Guardián el convencimiento que labraba poderoso en el suyo (1); y dirigiéndose á Santa Fe, donde estaba el

(1) Tal fué el efecto que produjeron en doña Isabel las razones de su antiguo

real cristiano sobre la ciudad de Boabdil en los últimos días del año 1491, era allí recibido con grandes muestras de regocijo por su antiguo amigo el Contador Mayor de Castilla Alonso de Quintanilla, quien se hacía cargo de su persona, y presenciaba verdaderamente conmovido el grandioso acontecimiento de la rendición y entrega de Granada, hecho glorioso con el cual quedaban cumplidos los ideales de la Edad-Media en España, y recibía cumplido término la colosal epopeya de la Reconquista. Esta vez, ya no había pretexto alguno, y el proyecto del insigne mareante quedaba totalmente aceptado: faltaba sólo acordar las bases y las condiciones con las que el advenedizo extranjero, cuyo más ardiente y eficaz protector en la corte había sido un humilde franciscano, debía para España descubrir aquellas desconocidas tierras; y aunque la designación del delegado regio para tratar de estos asuntos, que lo fué el virtuoso Fr. Hernando de Talavera, confesor de la Reina y primer Arzobispo de Granada, no era grandemente del agrado de Colón, quien directamente deseaba entenderse con los príncipes,—allanóse á entrar en relaciones con el religioso, injustamente motejado de envidioso y de mezquino por los escritores, no llegando con él á un acuerdo, por cuya razón rompió indignado las negociaciones entabladas, y salió de Santa Fe á principios de Febrero de 1492, con ánimo de dirigirse á Francia.

Á este sagrado refugio suyo de La Rábida se encaminaba, para llevar sus desengaños y recoger definitivamente á su hijo, cuando advertida su marcha por Quintanilla, éste, el converso Mossén Luís Sánchez, tesorero del rey don Fernando (1) y otros

confesor Fr. Juan Pérez, que, declarándose decidida protectora de la empresa, mandaba librar por el pronto 20,000 maravedís de oro «para que el ilustre marino se comprase una *bestiezueta*» y se incorporase á la Corte.

(1) Confunden por lo común los escritores á Mosén Luís Sánchez con Luís de Santangel, también converso, el cual «siendo Çalmedina, por una mala justicia que hizo, fué huyendo á Francia, y en ausencia le fué hecho proceso por la Inquisición y fué quemada la estatua á 17 de Março de 1487», sino es que le confunden con otro Luís de Santangel, penitenciado en 17 de Julio de 1491, ó con otro Luís

parciales de Colón, se presentaban á la Reina, y hacíanle ver cuánto perdía al renunciar á aquella empresa, en la que los gastos eran tan insignificantes y tanta en cambio la gloria, con lo cual la augusta dama se decidía con generoso impulso, y en vista de la actitud de su esposo, quien «dejó entender que estando el Tesoro completamente exhausto, era imposible sufragar los gastos» de semejante expedición, exclamaba, enardecido su noble espíritu:

—Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios!

Alcanzado en Pinos-Puente por el emisario mandado á toda prisa por Isabel, Colón volvió de nuevo al real, y allí quedaba extipulada la forma en que debía acometerse la empresa por Castilla. «La corona ofrecía nominalmente dos buques pertrechados y tripulados para el viaje del descubrimiento, y dejaba á Colón en libertad de armar un tercer barco, si encontraba medios para ello.» El Almirante, pues ya lo era, «manifestó que su aspiración era que saliese la escuadrilla del puerto de Palos..., y vino en apoyo de su demanda la casualidad de haber sido castigado el referido puerto, por causas que no hemos visto explicadas,—dice el escritor á quien copiamos,—á servir á la Corona con dos carabelas armadas durante un año que debía ser el de 1492, el mismo en que se ultimó el convenio.» «Y por esta circunstancia se accedió al deseo de Colón, dictándose la Real pragmática de 30 de Abril de 1492 en la que se ordenaba á las autoridades de Palos que, en cumplimiento del castigo impuesto, aprestasen las dos carabelas y quedasen á disposición del Almirante del Océano don Cristóbal Colón, ordenando de paso á todas las autoridades de este distrito marítimo que facilitasen el abastecimiento de los referidos buques á precios eco-

«quemado por assasin de la muerte del Inquisidor [Pedro Arbués] á 18 de Agosto de 1487» (*Libro Verde de Aragón* pub. por nosotros en la *Revista de España*, tomo CVI, págs. 250 y 251).

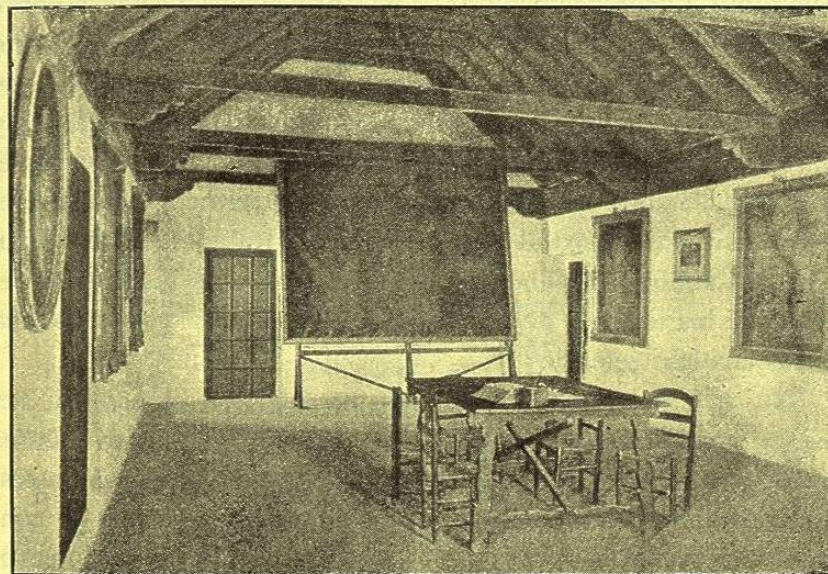
nómicos, exceptuando además de todo gravamen y derechos los artículos que el Almirante juzgase necesario embarcar» (1), para la empresa.

Qué cuadro presentaría esta humilde Celda, cuando vencidas todas las dificultades opuestas por los vecinos de Palos, merced á la perseverancia de Garci-Fernández, del *estrólogo* Fr. Antonio de Marchena y del venerable Fr. Juan Pérez, y á la decisión nobilísima con que Martín Alonso Pinzón ponía á las órdenes del Almirante sus buques, sus haciendas, su crédito, su familia y su persona, recibía aquí Colón el memorable 3 de Agosto de aquel año de 1492 el abrazo de despedida y la paternal bendición de Fr. Juan Pérez, y cuál no sería el que pudo ofrecer; cuando mediando el mes de Marzo del siguiente, y realizado en parte el proyecto, el mísero desconocido, el piloto extranjero, el gran Almirante en fin, estrechaba lleno de santa efusión contra su pecho al virtuoso fraile y al anciano médico, los primeros en comprenderle y en alentarle sin desmayar un punto! Todas estas escenas, á cual más grandiosa, más conmovedora y más dramática, se representan allí, en aquella estancia, á los ojos del visitante; y aquel recinto, donde impera la soledad y á donde la curiosidad conduce á la mayoría de las gentes, se convierte en un templo, infundiendo en el ánimo respeto, admiración y entusiasmo!

Pero si existe la artesonada techumbre, hacia la cual pudo acaso levantar tantas veces la mirada en su desconsuelo Colón; y á donde subieron los suspiros de aquel grande hombre,—ya, ni el pavimento queda que hollaron sus pies, ni nada de cuanto fué familiar sin duda para el insigne marino en la Celda del Guardián de aquel recogido Convento. Hoy, cuadrada y tosca mesa de pino, sin paño alguno que la cubra, ocupa el centro de la estancia, como la antigua; y aunque ha procurado la moderna indus-

(1) SANTAMARÍA, op. cit., págs. 192 y 193.

tria reproducir en el mueble los caracteres de otros tiempos, ni lo consigue, ni mantiene ilusión de ningún género: hasta cinco sillas vulgares y bastas, se agrupan en torno de la mesa, revelando la pobreza de la provincia, y pareciendo con su presencia invitar al viajero á tomar en aquella Celda, profanándola, una caña de manzanilla ó un vaso del mejor vino de Muguér, como



LA RÁBIDA.—LA LLAMADA « CELDA DEL P. MARCHENA »

si fuese aquello un figón, ó el cuarto de una posada. Al fondo, sobre un caballete, se extiende un lienzo donde se halla representado el descubrimiento del nuevo mundo, y por los muros, en dorados marcos que desentonan, diversos cuadros y retratos de escaso mérito todos ellos, y donación en su mayor parte de los duques de Montpensier, iniciadores, cual queda insinuado, de la restauración de 1855.

Allí, haciendo *pendant*, á los lados del balconcillo del textero inmediato á la entrada, aparecen los retratos de Isabel la Primera

y de Isabel II, como aparecen el del pretendido P. Marchena y dos veces el de Cristóbal Colón, sucediendo en el lienzo de la derecha dos cuadros al óleo, con escudos en el marco, representando el primero la «Salida de Colón para Palos,» y el segundo, conforme declara la letra de la cartela que le ilustra, la publicación en la iglesia de Palos de la Real pragmática para el reclutamiento de gente y apresto de las carabelas al mando del Almirante. Otros dos cuadros, como principales destacan sobre los blancos muros en el lienzo frontero, de los cuales en el uno «explica Colón su proyecto de descubrimiento, ante el Prior de la Rábida Fr. Juan Pérez de Marchena, Martín Alonso Pinzón y García Hernández, médico de Palos,—1486,» mientras en el otro se halla representado el momento en el cual «llega Colón con su hijo Diego al Convento de la Rábida, pidiendo pan y agua—1486,» siguiendo en pos y en ovalados marcos los retratos de los infantes de Montpensier, separados por la alacena de los cuadros referidos.

No: allí, entre aquellos objetos, no está ya el espíritu del insigne mareante: allí sólo queda la memoria de los ilustres príncipes á quienes debe la provincia de Huelva la idea de la restauración de aquel monumento; y al mismo tiempo que el conserje hace recaer la atención en el tintero que asegura gravemente haber sido de uso del *P. Marchena*, hojeará el viajero el *Album* ofrecido á los visitantes cuyo aspecto sin duda persuade al guarda de la Rábida de que son personajes dignos de ello, donde entre banalidades sin cuento y vulgaridades insufribles, acaso tropezará con algún pensamiento digno de la grandeza de los personajes, cuya memoria se pretende exaltar por tal camino. «Colón: para perpetuar tus títulos y apellido,—dícese en una hoja,—no faltaron hombres en España.—Mas ¿quién conserva tu fe y tu constancia?»—«¡¡Colón!! Miserable humanidad!—se lee en otra.—A veces los más grandes hechos producen los peores resultados. ¿Cuánta parte no puede haber á tu gran descubrimiento de la actual decadencia de España?»—Aludiendo

al gran Almirante y al Convento, dice en breve poesía nuestro buen amigo José de Velilla:

«Grandioso es el monumento,
que es de su fama el altar:
solo, como el pensamiento,
azotado por el viento,
combatido por el mar!»

Quizás, si recorres el fárrago poético que llena el *Album* encontrarás, lector, algunas bellezas literarias; pero por desventura, son pocas, y la musa, cortesana y aduladora antes de 1868, no sabe desentenderse de su lisonjera misión, y olvidando ante el generoso aunque no espléndido movimiento de los duques de Montpensier, lo que hizo Huelva para la restauración y conservación de la Rábida, exclama dirigiéndose á Colón:

«Regocíjate ¡oh genio sin segundo!
hoy que restaura tus piadosos lares
un Príncipe de aliento soberano,»

ó le invoca repetidas veces, diciendo con relación á Isabel I:

«Tú, que su auxilio le tornaste en gloria,
su religión, su nombre, tu desvelo
llevando con la cruz á ignota orilla,
á los que hoy rinden culto á tu memoria
dirige una mirada desde el cielo!
¡Bendice á los infantes de Castilla!»

Otro poeta, cuyo nombre tampoco aparece, cantaba, aludiendo al Convento y refiriéndose á la infanta:

«Ya no será tan solo una ruina
su venerable fábrica severa,
ante la cual el pasajero inclina
la noble frente en su aflicción sincera.
Sus muros reedifica la divina,
la digna nieta de Isabel primera:
un destello le cabe de tu gloria
en el eterno libro de la historia!»